

ENRIQUE LIHN

NADA SE ESCURRE

COLECCION ORFEO

ENRIQUE LIHN

NADA SE ESCURRE

1947 - 1949

NADA SE ESCURRE

Algunas sombras languidecen y mueren,
algunas luces se iluminan y caen,
parecidos a ojos delicados
algunos ríos se detienen.

Una señora muerta agita su ataúd,
el ataúd se rompe con un ruido de huevo
y desde adentro salen atareados gusanos
que brillan como joyas.
Una señora viva aparta su ataúd.

Una lágrima rota cae al mar,
frente al retrato de un hombre, vacío,
desde una niña demasiado clara
una lágrima rota cae al mar.

¿Pero es que acaso hay alguien en el mar?
¿Beben los peces lágrimas?
Los viejos pescadores, ¿buscan lágrimas
para hacer sus pequeños collares?
¿Allí el sol dora lágrimas?

Del fondo del océano surge una mano joven
que anda buscando lágrimas.
Del fondo de la noche sale un radiante día.
Del fondo de las hierbas sale un ángel.
De su reposo el tiempo sale.

De su reposo el tiempo sale
y da vuelta las casas y alarga su armadura,
y como un viento eleva a los ancianos
que viven en delgadas guaridas
besando a un perro, a un reloj, a una araña,
deslizando los labios sobre un débil licor.

Y cae el tiempo entre esos que se aman
con grandes manos que hablan.
Mañana en verdes cajas duermen mudos,
¿por qué el tiempo en el tiempo no cae?
Y cae el tiempo entre esos que se odian
y sobre aquellos otros que se sientan
para mirarnos desde arriba.
¿Por qué el tiempo en el tiempo no cae?
¿Por qué envejezco mientras menos sonrío?

Algunos sombras languidecen y mueren,
algunas luces se iluminan y caen,
pero todo perdura:

el niño que se ha visto nacer,
nace a su alrededor.
El anciano que se ha visto morir,
muere a su alrededor.
El amante que se ha visto arder,
arde a su alrededor.

LETANIA DE LA MISERIA

Una moneda sin límites para el mendigo,
una moneda sin un rostro condecorado por la superficie,
una moneda para la tumba del mendigo,
condenada a llenar los sorbos del infierno,
condenada a beber los hoyos de la luna
en el vaso aterido de sus huesos,
con la cara de sus cinco años, con la mano disminuida.
Una moneda sin fondo para los hijos del mendigo.

Un sexo para la niña manchada por la palidez,
un temblor de oro para la niña profunda,
antes de que su sangre toque la transparencia,
antes de que sus besos sean ópticos.
Un lecho de hierbas raras para la niña.

Un estallido de olas para el mar,
un naufragio de olas para las fauces del océano,

mientras esté caído de una línea, de un límite,
mientras no encuentre un lecho para sus tempestades.
Un viejo barco hondo para el océano.

Una mirada azul para el agua escondida
entre las grietas de las flores;
una sed para el agua caída de la lluvia,
árida como la melena de los leones.
Un vaso sensitivo para la pobreza clara del agua.

Una tierra exterior para la tierra,
un báculo de tierra para la tierra acongojada,
preñada de sí,
eternamente removida y vituperada.
Un ataúd sin fondo de tierra para la tierra.

Un cuerpo sin destellos para el amor,
un corazón seguro como el diluvio que ame el amor,
una casa instantánea de blandas paredes,
de cuadros blancos en los muros blancos.
Una sonrisa rubia de amor para el amor.

LETANIA DEL DESEO

Quiero sentarme en esta vieja silla
de recatado terciopelo.
Yo quiero hundirme a tuestas en esta vieja silla,
como se baja hacia el nido del agua,
tan suavemente como se hace el agua,
quiero sentarme en esta vieja silla.

Quiero apoyar el rostro donde
mi diminuto abuelo lo apoyaba,
frente a ese mismo sol que nada olvida,
frente a ese sol que no olvida y destruye,
quiero apoyar mi rostro donde
mi triste y claro abuelo lo apoyaba.

Quiero darle mi cuerpo a la sombra,
y a su inmóvil sonrisa mi sonrisa,

y a su estatua mi pálido vértigo,
porque sólo la sombra empuja al mundo,
porque se hace la luz donde se pone.

No quiero que los muertos,
cuando vengan de vuelta a sus ciudades,
cuando la luz se abra y los reciba
con una nueva cara,
y ladre alegremente un nuevo perro
y abran sus dulces brazos las ventanas,
hallen tan sólo muertos.

No quiero que los vivos
se escondan bajo negras campanas,
y que el sol sin vecinos se hiele
y que el mar languidezca y se muera.

Quiero explayar mis manos como soles
para cerrar el hueco de mis manos.

NO ES TODO LO QUE VES

Hacia la más perdida calle
camina el hombre con su cavidad,
camina el ángel que ha mordido mi perro,
camina el niño demasiado desnudo.

Alguien en una caja guarda grandes heridas
semejantes a alientos oscuros.
Alguien en blancas cajas guarda negras heridas
para que el ojo alegremente vea
sólo su delicada claridad.
Alguien en una caja guarda grandes heridas.

Pero, ¿es que no hay para el grano extraviado
una mano de cálida tierra?
¿No hay una triste casa de tierra para el grano?
¿Y si sobre las piedras no ha caído el grano,

y si bajo las zanjás no ha caído el grano,
y si entre turbias sombras la luz no ha caído?

P A S E O

Por calles blandas hacia rios redondos,
por manos que destruyen para siempre sus redes
y se alzan hermosas y delgadas
como la flor del ojo,
elevadas sin tallo,
por sonidos tapados de alegria,
entre animales transparentes si dudan
y encantados guijarros que sonrien;
por diminutas casas con el pie en sus umbrales,
donde el perro ha enterrado su ladrido;
por lámparas que anidan en sus rayos
y beben de su sed, ardientes y tranquilas,
a través de sentadas mujeres,
frente a espejos que a sí mismos se miran,
mientras la lluvia inmóvil cae,
sobre cielos inmóviles;
frente a un mar que ha adorado sus limites,
yo me parezco a un vaso joven,
pues en mí mi reflejo no cabe.

Yo me parezco, digo, a una ventana
cuando bebo en la mano del día
un sorbito de sol sin corona.

PARA QUE NO SE DERRAMEN TUS OJOS...

Para que no se derramen tus ojos
pondré este tibio vaso sobre tu falda,
donde las piedras duermen por las claras estepas
y arden las grandes flores que crecen en la sombra.
Pondré este dulce vaso
que dormía en la arena de una ignorada tierra,
abierto a las lluvias
como los ángeles al peso de sus alas,
como la luz al rostro de los viejos amantes.

¿No le sientes temblar como la aureola de los ahorcados,
no tientas su perfume con sucesiva soledad,
haciendo y apagando sus instrumentos
al borde de sus ondas nevadas
con las cárceles hondas de su prestigio?

Para que no se derramen tus ojos
pondré este tibio vaso perdido en las arenas
de una tierra que aún no he descubierto.

INVITACION

La claridad en que tú duermes,
niña, se despedazaría
si el lobo penetrase en la casa del hombre,
si el fuego picotease los rebaños del hombre,
redondos como ese amanecer que se vislumbra
entre las luces y sus hojas.
Ya nada restaría de aquella risa de los leñadores
sino el huevo pequeño de los dientes por el suelo
mordido por el fulgor del mediodía, hollado por los [azotado,
muerto por el olor de la negrura. [pájaros.

Porque tu dicha es larga como el dedo
que señala la hora del naufragio
o escarba el tiempo de esa hora demandando su olvido:
porque una dicha larga se hace breve
cuando en un solo punto se detiene el temblor.

Para que todo calle conversemos
alrededor de esbeltas flores
cuyos rayos de aroma no exterminan;
huyamos de la fuente endemoniada
que retrata las formas de antemano
hacia un jardín feliz que en sí se apoya.

DESDE LA ANTIGUA VOZ

Adolescente, ¿y el mármol del martirio,
esa forma fugaz que tocaste en la tuya
pidiendo al estertor sus dedos claros
como jadeantes líneas de arroyo,
esa isla animosa sin oriente
ni ácida estrella, ni calor ni hendido
puente para los barcos resbalados?
¿Llegaron a ese huerto de cristal estridente?
¿Soportaron el peso de tu tibia esmeralda?
¿Desordenaron tus jardines extremos?

Y, ¿quién después de todo, qué viajero,
qué oídos espectrales o mano sutil
pudo entender su giro de arroyo
y escarchar a la luz el perdido tesoro?

Tu corazón te dice su nudo contrario:
profundamente libre, sin embargo alguien llora,
alguien que arrastra el peso de su cara
llora opaco en tu piel lágrimas coronadas
de un musgo extraído y estéril.

Al contacto del hombre has pisado su límite,
se te ha brindado un alimento impuro
hecho de fríos besos, de opaca maravilla,
de jardines manchados por la grave lujuria
hija de las mujeres, del cabello que adoras
con torpes ademanes y aires tímidos;
se te ha vendido al sitio, al número,
al banco, al lecho, al tiempo que demoras,
porque la flor, la luz, el mar te hiere.
(Irresistible encanto de las sílabas,
todo llega más pálido a tu boca que añora
sólo brillar, hender desvanecida).
Fija está ésta tu cadena. Aparta ese decoro.

El hombre. ¿qué es el hombre? Nada vale
su dios tristón y sucio vuelto al lodo
que enamoran sus lágrimas;
nada vale su risa, ventana del engaño,
sepulcro de la clara rosa viva,
cuya raíz perenne ilumina la noche de tu hastio
con rebanada luna antes en ti lacrada,
antes en ti labrada y ágil a fuego duro
e inamovible al pez, como si recién vieras
tus ojos tamizando bellos climas,
deja tu luz mordida, rota en el templo esclavo,
ponte al desnudo y sígueme.

LLAMADO

Si tus sienes tremulan como ruinas,
si de tus ojos huyen las ciudades,
si en tus manos la sombra hace sus nidos
altos como la noche que te cierra los párpados,
si la tierra que pisas te voltea,
como el muro a la sombra que le allana,
tiende tu huella en rumbo a mis orillas.

Imagen tuya soy, cauce y hondura,
puro reflejo del cristal que empañas,
cuando dentro tu pecho se avecinan
huécos al corazón que te reclama.
Inmóvil permanezco ante el tumulto
mientras tu cuerpo y brillo se desangran.

Yo te conduciré donde las nubes
tienden sus brazos albos desde el agua,
donde el cielo y la tierra entremezclados
besan el dulce gérmen que preparan,
mientras el sol, que es llaga en tus sudarios
trocará en tierra fértil las estatuas.

INTERROGACION

Dime cómo era el agua conducida
por la mano de Dios visible dentro,
o la piedra sin sueño aletargada:
esta tierra sin dueño,
cuando no eran los hombres sino idea insegura,
espectros traspasados por la nube y la arena.

Dime si ángel oscuro
no era la noche aquella
en cuya dulce hondura el árbol florecía,
cuando todo contacto entreabría
las perfumadas lunas del misterio,
y el mismo pan prendía como un beso.

Dime... no me lo digas,
y es que acaso se empañe en la palabra
la voz que muda brota a tu silencio.

LO QUE HAS DE SER

Lo que ha de ser tu voz, cerrado viento,
jardín en donde crezca toda luz,
murmurado silencio.

Lo que ha de ser tu afán, desnudo abierto,
pájaro entre mis dedos sin terror,
devestido silencio.

Lo que ha de ser tu entrega, decidida,
búsqueda doblegada a mi estertor,
despoblado silencio.

Lo que ha de ser tu huida, agrado lento
sin retratos de fuego en derredor,

pero de tacto helado, pie en silencio.

Lo que has de ser: lo que eres,
lámpara alimentada de interior,
hija de mi silencio.

PERMANENCIA

Ser el joven que viaja por el lado de su ángel
y que se agita inmóvil,
dulce en su dominio.

Entrar en nuestro aliento cada día
como el ojo al paisaje,
como al árbol la tierra,
que nunca hace memoria,
que fiel, nunca se olvida.

Salir mientras adentro se nos queda
aquello que buscamos.

SALUDO AL OCEANO

El adolescente que prematuro asesina sus besos en la
[sombra,

te reconoce, Océano;

entre tus innumerables trizaduras, con tus bellos tatuajes,
dentro de tu vestida eternidad tan desnuda y poblada
como las líneas de la luna. El ve crecer tu furia,
tu alegre furia, tu ardiente y sin embargo inútil,
tu persuasiva furia hacia quién sabe dónde,
qué lugar de ti mismo.

Acaso rompa entonces

su vestidura de imágenes estrechas.

Acaso recogiendo los mensajes

tibios de eternidad en la no siempre monótona
repetición de tus olas vislumbre su futuro:
isla incesante.

TRAYECTORIA DOLIENTE

La lámpara ceñida por espectros de lluvia,
y en el atardecer, allá en lo hondo,
donde las esmeraldas se renuevan
y el ojo es como un clima del paisaje,
mientras la noche desenvuelve su máscara
el poeta descende sus contornos helados
y entre un clamor de estatuas inaugura el asombro
con un golpe de luz que se desnuda.
Encadenado a una piedra vacía
hecha para arrastrarle por los cielos,
sin permitirle en ella aposentarse
ni advertir bajo el aire su atadura,
ha de volver al mercado del hombre
y a consumirse entre sus selvas lúcidas.
Hasta que al abreviar del ángel cotidiano,
lágrima derramada por Dios o sus fantasmas,
desde el oscuro lecho manchado por sus llagas,
caiga a un jardín suspenso entre la altura.

COMO LA LUZ . . .

Como la luz sin más contornos
que su carrera
cerrando todo.

Como ese fuego que de sus llamas
hace un madero
cuando decae.

Como la noche que sin cuchillo,
piedra y madera
y amor traspasa.

soy si te tengo dormida en alas.

MUEREN SUS DULCES LABIOS...

Mueren sus dulces labios
cuando al beso se oponen
menos apetecidos.

Su luz se hace incolora
cuando no alza y desgarrar
la oscuridad que añora...

Hundir en su hermosura
el ojo que anda inmóvil
por pálida negrura.

ALEGORIA

Esta es la casa
de los muertos que alumbran con la red de sus manos
mi sed de estatua titubeante;
la negra casa sin jirones,
ni sillas donde detener el enigma de un pájaro
o el aliento indeciso que alimenta sentidos y da vuelta
[cabezas.
Detrás de mis formas simpáticas, detrás de un hondo
[sueño
se aparece como el huevo en una sola noche
casi muy vertical y armada de sonidos.

Esta es la casa y ésta es la noche,
ni dentro ni fuera de la noche, ni dentro ni fuera de la
[casa,
arden rostros
y oficios que se multiplican,
según respire la oquedad del mundo
desde donde devengo sin ruido.

La hora en que se habla de los muertos
es para mí la hora en que se sabe de los vivos.
A través de la boca profunda, a través de lo seco de la
[tempestad,

giran los ancianos a mi alrededor
como las olas encabritadas
de un océano que me corroe.

Mi abuelo, con su anillo de palo me toca en la raíz
del árbol particular con follajes de médula.

EL DECADENTE

Telúrico ademán destituido
en caída de pálido entrecejo,
incienso visceral, bólido añejo,
estrellado recinto del sentido.

Cuando la tarde con su anillo de oro
quiebra el cristal despótico del día,
y el mar en brazos de su fuga fría
pierde la densidad por el decoro.

El sacerdote sin mantel infringe
dietas de soledad, destellos finge:
con rigurosos pasos rumorea...

Pero la luna de otra luz herida
muere la claridad recién nacida
de su piel. ¡Cómo le huye la alameda!

PARA ALEJANDRO DIGO...

Para Alejandro digo Prometeo,
corazón de paloma, trigo duro,
lámpara deshojada, blando muro,
vértigo conceptual, domingo ateo.

Lo recuerdo profeta del jadeo,
cándida luz perdona su pie oscuro,
mientras extrae sienes, con seguro
beso decora un triste camafeo.

No te herirá mi sombra compañero,
no te será campana el asidero
de mi amistad: yo paso y tú sonido.

Derroche espigas ese yermo en vano,

caigan a tierra muros, huesos, manos,
pero escuche en el aire tu latido.

*A UNA CIUDAD QUE DUERME JUNTO
AL MAR*

Piedra de los latidos coronada
por los humores rojos del poniente,
caja de la luz verde, convergente
desde perdidas selvas demoradas.

Eres como la copa arrebatada,
como el licor intacto: incandescente,
como el mar cuya furia reverente
se detiene en tu línea resbalada.

Quien al hallar tu huella tenga pura
su alma, flecha en mano, por la dura
región que te bordea, al sol inerte...

tu sombra seguirá. Basta abrevarte
un solo sorbo para pretenderte
y para deshojarte hasta la muerte.

A UNA CIUDAD APENAS ENTREVISTA

Ciudad desde la luna desatada,
blanco estertor de torres, pie moreno,
tu perfil es de vértigo sereno,
tu corazón de muda campanada.

El hombre no ha tocado tu alborada
ni ha manchado la tierra tu aire ajeno.
La eternidad te dió de su agrio seno
las morbideces de su luz cortada.

Cuando marañas llenas los sentidos
yacen de negras aguas coronados
y ensucia y muerde el pez mi loca estrella...

me encomiendo a tu pálido vestido:
caen los cementerios calcinados
a tu soplo: me encienden tus doncellas.

TEMBLOR EN DIOS

Pierdes el color cuando me sigues,
pierdes su movimiento, la natural agilidad
entre las redes del oído abstracto, oh joven, permanece:
porque yo soy la luz de la razón y entre tantas o tantas
[consecuencias de mí
me adelgazo e irrumpo, continúo;
y lo que no es perecedero es adorado
por la mirada de oro. Bajo los arcos de la noche, entre
[aparentes fuegos
yo me sitúo en medio de las cosas solemnes.

Ahora, sin embargo, de algún modo tenías que subir
desde la altura que se cimbra entre el aire negado
por la gracia del huevo sumergido
hasta tocar mis armas, enemigo,
¿por qué te hice yo si no fueron los ángeles?

Estoy condenado a vigilar mis turbadoras decisiones;
creí poder beber eternamente de mis senos, pero llegó
[la hora
en que ellos me empujaron al borde de la sed,
animales hostiles
rompieron su encantado equilibrio, al mismo tiempo
que mi boca palpaba la humedad naciente.

Y ellos eran de diversa substancia,
tuvieron la llave de mi rostro y le extrajeron
ciertos gestos apenas coronados por mi inmovilidad.
Hijos demasiado sombríos, me aportan y les debo
una respuesta a sus deseos o una piedra sensible
para llenar la oquedad de sus muertos.

Los muertos, sin los muertos, la luz de mi descuido
sólo se hubiese abierto a mí, apartando sus ojos;
ciego querría verte bajo los puentes soñolientos,
entrando a los salones cuyos ecos
despertarían tu pérdida dulzura.
¿Por qué te atrajo ese aire que había de venir?
Contemplabas el paso de tu respiración,
advertías los pies antes que señalaran
sobre la tierra la dirección de tus deseos.

Y ahora me sigues abordando mi infierno,
entre las sacudidas de sus remos no retrocederías
aunque un traje de incienso te esperara;
tirantes ausencias te aproximan a mí
y el placer despedido más y más te resbala
lejos de la ciudad en que dormías, niño.

Oh, si alguna mujer te despertase
de ese sueño tirante que aplica a tus deseos
soplos de esperanzada eternidad;
yo la celebraría en su carne madura
nunca desmoronada por la luz de la espiga
siempre estimada por el pan que la dora.

Pero ya has penetrado y eres rey
de tus desmayos que llaman al amor,
avaro de tan suaves imanes, ¿quién se te acercaría,
quién pondría las manos sobre las ascuas de tus sienes
cayendo en un vacío donde los besos no murmurar?

Soy el único anillo que teme a tu llegada.
Hijo mío, ¿por qué mi filo es débil
para el tajo que yo siento seguro?

INDICE

	<u>Págs.</u>
Nada se escurre	5
Letanía de la miseria	8
Letanía del deseo	10
No es todo lo que ves	12
Paseo	14
Para que no se derramen tus ojos	16
Invitación	18
Desde la antigua voz	20
Llamado	22
Interrogación	24
Lo que has de ser	25
Permanencia	27
Saludo al océano	28
Trayectoria doliente	29
Como la luz	30
Mueren sus dulces labios	31
Alegoría	32
El decadente	34
Para Alejandro digo	36
A una ciudad que duerme junto al mar	38
A una ciudad apenas entrevista	40
Temblor en Dios	42